

voto urbano, o entre izquierda e inmigración, la respuesta del electorado católico ante las indicaciones de la jerarquía o los intentos de la Comunión Tradicionalista y del PNV de capitalizar e instrumentalizar en su favor el sentimiento religioso predominante en Guipúzcoa en la etapa republicana.

En las conclusiones, el autor resume las pinceladas básicas de la vida política de Guipúzcoa durante la Segunda República: «Una formación social en desarrollo, sin graves desequilibrios sociales ni económicos, sociológicamente heterogénea, intensamente politizada, profunda y militantemente religiosa, muy sensible a la reivindicación autonómica, de configuración política progresivamente triangular, relativamente estable, mayoritariamente conservadora y ampliamente receptiva al proyecto político del nacionalismo vasco».

En resumen, el libro de Rodríguez cubre de forma espléndida un aspecto hasta ahora poco estudiado de la historia vasca del siglo xx. Es cierto que este tipo de estudios político-electorales estaban más en boga hace unos años que en la actualidad. Pero no es menos cierto que son absolutamente necesarios para poder abordar después otro tipo de investigaciones. De ahí que sea una pena que —quizá por su propia complejidad— no exista todavía un libro semejante de la provincia de Vizcaya, la más poblada y desarrollada del País Vasco en esta época.

Santiago de Pablo

GIL PECHARROMAN, Julio, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*. Eudema, Madrid, 1994.

Ya hace tiempo que la derecha española de la época de la Segunda República viene siendo estudiada entre nosotros. Así, a la publicación por el profesor Tusell de la *Historia de la democracia cristiana en España* (1974), siguió la de J.R. Montero sobre la CEDA (*La CEDA. El catolicismo social y político la II República*, 1977). Por su parte la derecha fascista fue estudiada entre otros autores por J. Jiménez Campo (*El fascismo en la crisis de la Segunda República*, 1979). La más antigua derecha, el carlismo, había sido investigada por M. Blinkhorn (*Carlismo y contrarrevolución en España*, 1975).

El estudio de las derechas abarcaba, pues, a la derecha tradicionalista, la derecha confesional, y al conato de fascismo que fue la Falange. Pero la derecha alfonsina apenas si había recibido la atención de sus propios nostálgicos en forma de memorias y estudios apologéticos, lo que dejaba un vacío evidente en nuestra historiografía. Julio Gil Pecharromán vino a colmarlo en 1985 con la publicación de su tesis doctoral (*Renovación Española. Una alternativa monárquica a la Segunda República*). Al que fuera el primer estudio sistemático del alfonsismo autoritario le sigue hoy una obra del mismo autor y del mismo tema, pero diferente en el método y más ambiciosa en los objetivos. Si *Re-*

*novación Española* fue un estudio exhaustivo de la actuación política de este partido, *Conservadores subversivos* trasciende los límites que la historiografía tradicional asigna a la historia política, por cuanto relaciona los avatares de la lucha por el poder y de las organizaciones partidistas con las ideologías políticas y tradiciones culturales en que éstas beben. Analiza, además, el problema de la diversidad de las derechas y del surgimiento de la *Nueva Derecha* tanto en España como en el resto de Europa, subrayando tanto las similitudes como la especificidad española.

Desde 1789 hasta la época de los fascismos se van sucediendo una serie de situaciones históricas que propician la aparición de nuevos partidos de derechas. De la lucha contra la revolución liberal surge el **tradicionalismo** nostálgico del Antiguo Régimen, que, conducido por una parte de la aristocracia y utilizando al catolicismo ultramontano como elemento de movilización, se nutre de una cultura predominantemente clerical.

Desde mediados del pasado siglo la «amenaza» de una progresiva democratización política y el ascenso de las masas provocará la aparición de una segunda derecha formada por una burguesía que abandona su antiguo liberalismo y se convierte a las fórmulas autoritarias. Esta derecha neoconservadora, culturalmente laica y a menudo escéptica en materia de religión utilizará el **nacionalismo** como elemento ideológico de movilización de masas.

A finales de siglo y por iniciativa de León XIII apareció el **Catolicismo Político**<sup>1</sup>, precedente lejano de las democracias cristianas. Se trataba de una fuerza, que, aún manteniendo su hostilidad a los principios del liberalismo y de la democracia, aceptaba de hecho integrarse en el juego político parlamentario. El altar católico intentaba desvincularse del trono absolutista para no sufrir su misma suerte (en adelante el clero quedaría políticamente dividido por esta razón, ya que una parte de él, conservó su fidelidad a los destronados pretendientes absolutistas, serían aquellos que, por rechazar la nueva orientación política vaticana y el «Ralliement», serían considerados «más papistas que el Papa»).

Finalmente en la crisis que siguió a la Gran Guerra y a la Revolución Soviética aparece con vocación movilizadora de masas el **fascismo**, una derecha plebeya que pretende ser la síntesis de socialismo y nacionalismo.

La obra de J. Gil Pecharrmán, tras describir a las diversas derechas españolas pasa a centrarse en el autoritarismo alfonsino, cuyos rasgos esenciales (orígenes liberales, cultura laica positivista, autoritarismo, nacionalismo como

---

<sup>1</sup> El autor, asumiendo una clasificación común entre los historiadores de las ideas políticas utiliza el término Nueva Derecha para englobar tres tendencias diferentes: «neoconservadurismo autoritario, catolicismo social y derecha radical» (pp. 4 y ss.). El autoritarismo alfonsino, debido al menor desarrollo de las teorías nacionalistas (a pesar de la limitada influencia del nacionalismo integral de Acción Francesa), se acerca más al neoconservadurismo que a la derecha radical.

elemento movilizador) permiten su homologación con lo que los historiadores de las ideas políticas han llamado «Nueva Derecha». Ahora bien, el autor pone también de manifiesto el carácter específico de la evolución política española, cronológicamente retrasada y marcada por la hegemonía indiscutible de la cultura católica.

En Francia la derecha radical cristaliza a principios de siglo en el nacionalismo integral de Acción Francesa, como reacción contra el proceso democratizador de la Tercera República, reacción que se saldó con el fracaso político del autoritarismo y con la consolidación del régimen republicano.

En España la democratización implicó la crisis del sistema canovista ya que significó el crecimiento de fuerzas republicanas y socialistas contrarias al liberalismo oligárquico de la Restauración Su descomposición entre 1909 y 1931 está marcada por una serie de acontecimientos: el fin del turno partidista normalizado y la escisión maurista (1913); el impacto ideológico de la Gran Guerra y la consiguiente revisión de las tesis liberales; la reacción autoritaria ante la amenaza social de la huelga general revolucionaria (1917) y del «trienio bolchevique»; el impulso ideológico militarista y nacionalista al hilo de la guerra africana; la suspensión del sistema constitucional durante la Dictadura de Primo de Rivera y finalmente, la caída de la monarquía, son los principales hitos que nos permiten encuadrar y explicar históricamente la génesis en España de la Nueva Derecha. Gil Pecharrmán analiza la evolución que durante estos años conduce desde la derecha liberal conservadora hasta una derecha monárquico-autoritaria, rastreándola en la formación sucesiva de nuevos partidos. Evolución ideológica favorecida por el hecho de que ya el viejo partido liberal conservador, siguiendo al designio canovista de estabilizar el sistema integran en él a toda la derecha si fuera posible, acogía a diversos elementos antiliberales vinculados sobre todo a los «católicos independientes» (muy próximos doctrinalmente al tradicionalismo, pero que por razones tácticas se unían a la derecha dinástica) (pp. 9 y ss.). Desde 1913 la escisión maurista abrió el camino de una lenta evolución hacia el nacionalismo y el autoritarismo monárquicos. Así, frente a la creciente conflictividad social Antonio Goicoechea, líder de las juventudes mauristas, comienza a propugnar objetivos políticos y económicos nacionalistas (autarquía económica y supresión de la lucha de clases) para cuya consecución sería preciso fortalecer el poder ejecutivo frente al legislativo.

La dictadura de Primo de Rivera favoreció la convergencia de alfonsinos y carlistas. Los alfonsinos realizaron un acercamiento doctrinal a las tesis políticas del carlismo (tendencia que en los años republicanos recibiría el nombre de neotradicionalismo). En cuanto a los carlistas, sobre todo los mellistas y los integristas que, a diferencia de los «jaimistas», primaban el autoritarismo sobre la lealtad dinástica, buena parte de ellos aceptaron a la dinastía reinante bajo su nueva faz autoritaria (de ahí que los años veinte conozcan el momento más bajo de la movilización carlista). Pero, al margen de algunas personalidades

individuales que habían evolucionado muy tempranamente hacia posiciones fascizantes o radicalmente autoritarias, puede decirse que los hombres provenientes de la derecha alfonsina y la mayoría de los colaboradores de la Dictadura vinculados a la oficialista Unión Patriótica, conservaron reminiscencias liberales (fundamentalmente la negativa a aceptar un régimen de partido único) hasta la proclamación de la Segunda República<sup>2</sup>. La aparición en 1930 del *Partido Nacionalista Español* liderado por Albiñana es un hito importante en esta evolución hacia el autoritarismo ya que, en palabras del autor (constituye) «el primer grupo alfonsino de cierta entidad que se situó abiertamente en el campo de la derecha antiliberal» (p. 77). No obstante para la mayoría de la derecha alfonsina la «conversión» plena al autoritarismo no se realiza hasta después de proclamada la República con la fundación de Renovación Española.

El advenimiento del régimen republicano sorprendió totalmente a una derecha que, acostumbrada al amparo de la «dictadura provisional» primorriverista, se hallaba políticamente desmovilizada. Cuando, finalmente, se fraguó una respuesta defensiva, no fueron los carlistas, ni la derecha alfonsina en rápida evolución hacia el autoritarismo, ni mucho menos los prácticamente inexistentes fascistas quienes la vertebraron, sino el catolicismo político, aglutinador de la CEDA. La decisión vaticana de no comprometer los intereses de la iglesia asociándolos a la derrocada monarquía dio lugar a la aparición de un «catolicismo político», que, declarándose «accidentalista» en cuanto al régimen (monárquico o republicano) pretendía la defensa de los intereses confesionales y de clase.

En España la hegemonía del catolicismo político tuvo al menos dos importantes consecuencias: limitó el crecimiento de la derecha alfonsina al arrebatarle la mayor parte del voto católico; pero, además, fue el principal impedimento para la expansión del fascismo. En una sociedad poco desarrollada, y tradicional como la española de los años 30, el elemento movilizador de las masas derechistas no era la demagogia social característica del fascismo, sino la religión (en España la derecha era católica, no existía una significativa derecha laica). Por eso el catolicismo político fue un impedimento para el crecimiento de la derecha radical nacionalista<sup>3</sup> o de la derecha fascista.

---

<sup>2</sup> Es significativo que, incluso en las elecciones de 1936 la juventud de Renovación Española marcara sus distancias respecto a Calvo Sotelo y su proyecto político, considerado totalitario (p. 210).

<sup>3</sup> El desarrollo doctrinal del nacionalismo alfonsino Siempre estuvo condicionado y limitado por el miedo a la condena eclesiástica. El diario *El Debate*, adscrito al catolicismo político de Gil Robles, mantuvo al respecto una actitud inquisitorial. Hay que tener en cuenta la religión actuó como elemento retardatario de la evolución cultural de la derecha, impidiendo su modernización: así, el catolicismo fue hostil al desarrollo de los nacionalismos y de la secularización cultural sobre la cual crecieron éstos (el nacionalismo, como gran parte de las ideas políticas hostiles a la libertad, se apoyaba en las tesis del determinismo materialista).

Así pues, la derecha radical alfonsina se encontraría con evidentes limitaciones: el Partido Nacionalista Español de Albiñana no pasó de ser una fuerza testimonial. En cuanto al partido de Goicoechea y Calvo Sotelo (*Renovación Española*), fundado en 1933 como consecuencia de una escisión monárquica del catolicismo político de Acción Popular, sólo alcanzó un pobre desarrollo. Los hombres de Renovación Española propugnaban la instauración de una monarquía autoritaria en la persona de Alfonso XIII, una monarquía que no repitiese los «errores» del liberalismo; no se trataba de «restaurar» el derrocado régimen, sino de «instaurar» uno nuevo basado en principios antiliberales. Por otra parte R. E., al poner en primer plano la fidelidad a la causa monárquica, condenaba como una traición el «accidentalismo» de los católicos. Los límites de su capacidad de actuación política eran evidentes. Los requisitos ideológicos de RE eran tales que forzosamente tenían que excluir a la mayor parte del electorado derechista: Siendo un partido de aristócratas alfonsinos, el desarrollo de una propaganda fascista, con su componente de demagogia plebeya, era para ellos impensable. De ahí que RE se cerrase a cualquier intento de fascistización. Por el contrario en sus relaciones con el fallido fascismo español RE intentará controlarlo ideológicamente, impidiendo su radicalización social, e instrumentalizarlo dirigiendo su acción hacia el terrorismo.

En un país católico como España no podía hacerse una política de derechas en contra o al margen de la religión. Por lo tanto, las posibilidades de un partido nacionalista basado en una cultura laica o predominantemente positivista como Acción Francesa no se desarrollaron (el fracaso del anticlerical Albiñana era suficientemente instructivo). Lo que sí se desarrolló, en cambio, fue el neotradicionalismo, es decir la confluencia ideológica con el carlismo y el clero ultramontano. La debilidad del nacionalismo español de extrema derecha, así como la del fascismo, se debe por lo tanto a la fortaleza del catolicismo político.

Cabría esperar que R. E. capitalizase su catolicismo: que su incapacidad para una movilización de masas demagógica y pseudorevolucionaria de tipo fascista se viera compensada por la explotación política de la religión. Pero el Vaticano no había querido comprometer su suerte con la de un monarquismo derrotado. Por lo tanto, la mayor parte del voto católico se orientó hacia los «accidentalistas» de la CEDA, es decir hacia el proyecto de un república conservadora más atenta a defender los intereses de la burguesía y de la Iglesia que los de la corona. R. E. se veía así privada de la mayor parte del voto católico. Sus votantes potenciales quedaban reducidos a los católicos adscritos al monarquismo autoritario; pero ese terreno de la lucha política estaba cubierto ya por el veterano partido carlista (Comunión Tradicionalista). Dividir el voto del monarquismo autoritario entre dos partidos que, aunque con tradiciones y dinastías diferentes, venían a hacer la misma oferta política era irracional, por lo que se intentó una aproximación: fusión dinástica (pacto de Territet), aproximación doctrinal (neotradicionalismo de

la revista *Acción Española*) o alianza electoral (TYRE, Tradicionalistas y Renovación Española). Estos intentos (salvo el «laboratorio doctrinal» que fue la revista *Acción Española*) culminaron en otros tantos fracasos. Así RE se vio condenada a correr en la carrera política tras las surcos de la veterana Comunidad Tradicionalista

RE no sólo era por su propio programa un partido de electorado muy restringido (tenía demasiadas condiciones excluyentes: quienes le votaran no podían ser católicos «accidentalistas», ni burguesía conservadora laica, ni pequeña burguesía sensible al mensaje populista, ni monárquicos liberales, ni monárquicos carlistas), sino que, además, fue un partido políticamente aislado, incapaz, a pesar de los proyectos del «Bloque Nacional» de Calvo Sotelo, de consolidar alianzas ni a su derecha (el triunfo del integrista Fal Conde lo impidió), ni a su izquierda (Gil Robles necesitaba para gobernar la alianza con la derecha republicana no accidentalista y, por lo tanto, no podía comprometerse con los monárquicos).

Pero no acaban aquí las limitaciones de RE, un partido cuyas exigencias programáticas dejan fuera a la inmensa mayoría del electorado de derechas en España, un partido que ni siquiera pudo captar la mayor parte del voto inequívocamente autoritario (para los populistas RE era un partido oligárquico, para los tradicionalistas era un partido de conversos con un sospechoso tufillo constitucional). Además, RE estaba dividida ente alfonsinos (el grupo de Goicoechea, todavía con alguna reminiscencia del liberalismo originario) y neo-traditionalistas (Calvo Sotelo), quienes asumían con más firmeza el proyecto de dictadura monárquica y que eran, partidarios del príncipe Don Juan. Así pues, no sólo no habían llegado a una fusión dinástica con el carlismo, sino que los propios hombres de Renovación apoyaban a distintos pretendientes dentro de la rama alfonsina (en tanto el mismo Alfonso XIII tenía más fe en la efectividad de la CEDA que en los alfonsinos de RE a quienes denominaba «monárquicos de salón»).

Las limitaciones políticas de Renovación Española aparecen claramente a la luz del libro de Gil Pecharroman, tan claramente que sus exiguos resultados electorales (en torno al 4 %) no pueden sorprender al lector. Por otra parte, y a pesar de las simpatías monárquicas de una buena parte del ejército, y de las intenciones golpistas de RE, sus dirigentes no se mostraron en las tareas conspiratorias mucho más eficaces que en la lucha política. Es verdad que el triunfo de la sublevación militar acabaría por derrocar la democracia, pero, como el autor subraya, tampoco esto se saldaría con el triunfo definitivo de sus tesis políticas, ya que «ni el más pesimista de los alfonsinos se habría atrevido a imaginar entonces (...) que la dictadura provisional que habían propiciado se mantendría durante cuatro décadas y que luego la monarquía instaurada a finales de 1975 abriría camino a la restauración de un sistema democrático y parlamentario que la derecha autoritaria creyó poder exorcizar para siempre en los cálidos días del verano de 1936».

*Conservadores y subversivos* es una obra que va más allá de los fines explicitados en las primeras páginas por su autor: no es sólo un estudio exhaustivo de la «derecha autoritaria alfonsina» y de su acción política (la historia de un fracaso), es también una inteligente descripción de sus vínculos con el resto de la derecha española, una comparación con la «Nueva Derecha» europea así como un notable y novedoso intento de relacionar doctrina y acción política. Quizá la propia disposición de Gil Pecharromán a superar los límites de la historia política convencional, crea en el lector expectativas que no siempre hallan pleno cumplimiento en las páginas de su libro. Sobre todo la parte destinada al análisis del pensamiento político, es muy superior a lo que se suele encontrar en una historia política, pero no acaba de ser satisfactoria (ni tampoco creo que tal fuera su propósito) desde el punto del especialista en historia de las ideas; en este terreno es más bien una puerta sugestivamente abierta. Para los historiadores de las ideas, como para los historiadores de la política, el libro de Gil Pecharromán, nutrido por otra parte de una interesantísima bibliografía, constituye desde ahora un nuevo imprescindible punto de partida.

Juan Olabarria Agra

DE BLAS GUERRERO, Andrés, *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, 202 pp.

Los científicos sociales, predispuestos a incidir sobre aquellos asuntos especialmente relevantes o significativos para las gentes de la época, suelen concentrar preferentemente sus investigaciones sobre un número relativamente reducido de temas. No es necesario siquiera repasar los índices de las revistas especializadas —tenemos un ejemplo en este mismo número de *Historia contemporánea*—, basta hojear la prensa cada día, para percibir que entre estos asuntos de particular actualidad (y utilizamos aquí esta expresión en su acepción menos banal) se encuentra incuestionablemente el problema de los nacionalismos. A la vista de la virulencia de algunos episodios que —en España, en Europa y en el mundo— tienen de un modo u otro al nacionalismo como uno de sus ingredientes esenciales se explica que este tema goce de una acusada predilección en nuestros medios académicos. No se trata en este caso de una moda española, ni siquiera europea: Alvarez Junco observaba recientemente que en la historiografía y las ciencias sociales producidas en Estados Unidos durante los últimos años constituye asimismo un motivo central (*Ayer*, n.º 14, 1994).

Y ello no sólo por razones de oportunidad o coyuntura política; hay también motivaciones rigurosamente académicas. Al fin y al cabo se trata de una cuestión de gran calado y amplitud cuyas numerosas facetas, modalidades y dimensiones permiten acercarse al tema desde una multiplicidad de disciplinas